

De hecho, usted pasó el Guehinam en este mundo, por cuanto los malvados quisieron una y otra vez hacerle abandonar su fe, y le obligaron a ensuciarse con labores prohibidas. A pesar de todo esto, usted ha permanecido judío, y ¡no se dejó persuadir! Yo sería muy dichoso si tuviera méritos como el suyo, y fuera uno de los que ameritan estar en el Mundo Venidero, como usted. Debe saber que su lugar en el Mundo Venidero es de los más elevados. Allí tendrá el mérito de residir en la compañía de los Tzadikim y Gueonim del mundo. El hecho de haber soportado los sufrimientos que usted tuvo que pasar en favor del judaísmo y en favor del honor del Cielo a lo largo de decenas de años continuos no es nada simple ni insignificante. Lo que usted tuvo que sufrir es una prueba muy difícil, mucho más que la de Jananiá, Mishael y Azariá”.

Unas lágrimas se asomaron en los ojos de aquel exsoldado, que se había estremecido con las palabras sinceras del *Jafetz Jaím*, las cuales habían brotado de un corazón puro, y lograron revivir aquella alma sufriendo.

Cuando el exsoldado se enteró quién era la persona que le estaba hablando, irrumpió en un llanto incontrolable, y comenzó a besar las manos del Tzadik.

El *Jafetz Jaím* le dijo: “Un hombre como tú es de los que han tenido el mérito de ser contado entre los sagrados que entregan sus almas en vida, en consagración del Nombre de Hashem. Si aceptas sobre tu persona vivir desde ahora el resto de tus días como un judío apto, ¡no habrá hombre más dichoso que tú sobre la faz de la tierra!”. Y, en efecto, aquel judío no abandonó al *Jafetz Jaím* hasta convertirse en un verdadero *báal teshuvá* y Tzadik absoluto.

Éste es un ejemplo instructivo que nos enseña que la chispa pura del judaísmo está oculta en lo más recóndito del corazón de todo judío; aun cuando éste se encuentre muy alejado de la Torá y las mitzvot, su alma se encuentra aún conectada con gruesas cadenas de amor a la santidad que se posó sobre el Monte Sinai. Esta santidad está arraigada en su ser. Y cuando se lo despierta en Torá y se le insufla el aliento de vida, de inmediato, se despierta aquella chispa de judío, que se convierte en una llamarada.

Y la persona debe saber que, si se esfuerza en cumplir las mitzvot de Hashem, seguir Sus caminos y escuchar Su voz, tiene la certeza de que la ayuda del Cielo lo acompañará en todos sus caminos, y en todo lo que emprenda tendrá entendimiento y éxito, y nunca surgirá tropiezo de su mano.

Que sea la voluntad de Hashem que la obra de nuestras manos prospere, para aprender y enseñar, guardar y cumplir todas las palabras de esta Torá. Amén y amén.



DIYRÉ JAJAMIM

Las flores y los chocolates no son lo principal

En la *Haftará*, el Profeta reprocha al pueblo: “Sumen sus ofrendas de elevación a sus sacrificios y coman carne, porque no hablé con sus ancestros, ni les ordené el día en que los saqué de la tierra de Egipto acerca de una ofrenda de elevación ni de un sacrificio”.

A simple vista, es de sorprender que el Profeta diga en nombre de Hashem: “... ni les ordené [...] acerca de una ofrenda de elevación ni de un sacrificio”, pues de los cinco libros del Pentateuco —*Bereshit*, *Shemot*, *Vaikrá*, *Bamidbar* y *Devarim*—, encontramos en el libro de *Vaikrá* que toda la congregación de Israel recibió la orden de ofrendar todo tipo de sacrificios, ¿y aquí dice *Hakadosh Baruj Hu* que no pidió de Israel ningún sacrificio?

Esto se puede comprender por medio de una parábola, citada por el Rav Pincus, *zatshal*, en el libro *Tiféret Shimshón*:

Imaginémonos a una familia. El jueves en la noche el esposo sale al supermercado para hacer las compras semanales según la lista que le dio su esposa. En la lista, se encontraban enumerados todo tipo de artículos comestibles, como pan, verduras, etc., y otros artículos necesarios en la casa. El esposo reunió todos los artículos y se dirigió a la caja. Antes de que la cajera terminara de hacer la cuenta, el esposo agregó a la compra unas cuantas barras de chocolate para alegrar a los niños. Al salir del supermercado, se encontró con un vendedor de flores, de quien compró un ramillete para alegrar igualmente a su esposa.

Llegó a la casa, ordenó todos los artículos adquiridos en sus respectivos lugares, y luego de concluir el orden, sacó, de pronto, el ramillete de flores y se lo entregó a su esposa. “¡Wow! ¡Qué lindo!”, dijo claramente halagada la esposa. Pero el esposo no había terminado; de la bolsa de compras, sacó las barras de chocolate y se las ofreció a los niños. “¡Qué papá tan bueno!”, exclamaron con entusiasmo los pequeños.

A estas alturas, nadie les prestó atención a los panes, ni a los tomates, ni a las legumbres... Cada cual estaba contento con el regalo particular que había recibido, y pensaron: “¡Baruj Hashem! ¡Qué felices somos!”.

Tanto fue el deleite y la alegría por la consideración del padre para con ellos que toda la semana solo hablaron acerca del ramo de flores y de las deliciosas barras de chocolate que habían recibido.

Cuando el esposo vio la reacción de su esposa y sus hijos, se dijo a sí mismo: “¡Listo! Ya sé qué es lo que

le gusta a mi familia”. De modo que la semana siguiente, cuando volvió a hacer las compras semanales del supermercado, en lugar de hacer las compras necesarias —pan, verduras, etc.—, le compró a su esposa un ramo de flores más grande que el anterior y, a los niños, les compró el doble de barras de chocolate.

Al regresar a casa, exclamó: “¡Miren qué les he traído!”, confiado en que la alegría iba a romper el techo y llegar hasta el cielo.

La esposa observó el ramo de flores y le preguntó: “¿Y dónde están el pan, las verduras y el resto de las cosas que se necesitan?”. Cuando la esposa se dio cuenta de que él no había comprado nada de eso, sino solo las flores y los chocolates, se enojó y le dijo: “¿Acaso yo te pedí las flores?”.

El esposo le respondió con sorpresa: “¡Pero si la semana pasada lo único de lo que hablaste fue acerca de las flores!”.

Ciertamente, la diferencia es clara: cuando el hombre se preocupa de traerles a su esposa y a sus hijos todo lo que necesitan, “envuelve” todo eso con un lindo papel de regalo y un lazo, y, además, agrega un ramo de flores y unas barras de chocolate, ¡qué mejor! Pero cuando el hombre se desentiende de las necesidades verdaderas de su esposa y de sus hijos, las flores y los chocolates carecen de todo sentido, porque no son parte de las necesidades básicas de la vida, sino, más bien, vienen a expresar una relación interior; y cuando falta esa preocupación por lo que verdaderamente necesitan su esposa e hijos, ni las flores ni los chocolates tienen valor.

Cuando *Hakadosh Baruj Hu* reprochó al Pueblo de Israel: “... ni les ordené [...] acerca de una ofrenda de elevación ni de un sacrificio”, fue como si hubiera dicho: “¿Acaso les pedí que traigan sacrificios?”.

Es decir, el resto de las *mitzvot* son una obligación que se debe llevar a cabo. Su cumplimiento no depende del nivel en el que se encuentra el corazón de la persona, y si esta no se encuentra en el nivel adecuado, tiene que cumplir igualmente con la *mitzvá*. Pero el servicio de los sacrificios que se realizaba en el *Bet Hamikdash* se encontraba, más bien, en función de “obsequio”; era un regalo que expresaba amor. Si el hombre observa la Torá y cumple con todas las *mitzvot*, el ofrecimiento de un sacrificio “alegrará” al Creador; pero un sacrificio traído por una persona que no cumple como se debe la Torá ni las *mitzvot*, no tiene ningún sentido.



DEL TESORO

Basado sobre las enseñanzas del Gaón y Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

Shabat Hagadol: símbolo de la diligencia en las mitzvot

Este Shabat es llamado *Shabat Hagadol* porque el Pueblo de Israel se apresuró en hacer la voluntad del Creador. Quien les había ordenado atar un cordero a la pata de la cama desde el 10 de nísán, para degollarlo como sacrificio de Pésaj el 14 de nísán ante los ojos de los egipcios.

No cabe duda de que en el cumplimiento de esta mitzvá había una gran desventaja, por así decirlo, para los Hijos de Israel, no desde el punto de vista monetario sino, más grave aún, desde el punto de vista del peligro de vida que corrían al cumplir la mitzvá. Los egipcios, al ver que los Hijos de Israel estaban llevando su deidad —el cordero— para degollarla ante sus ojos, quisieron aniquilarlos. Si en una circunstancia como ésta, el hombre, por naturaleza, se descuidaría en la realización de algo que pudiera acarrearle una pérdida monetaria, con más razón cuando su vida está en peligro. Pero los Hijos de Israel no se comportaron así; se armaron de valor y, luchando contra la Inclinação al Mal, con abnegación, obedecieron la orden de Hashem y, con gran diligencia, hicieron como se les había indicado: tomaron un cordero y lo ataron a las patas de la cama, a pesar de que ello implicaba un peligro de vida. Éste es un ejemplo modelo del cual aprendemos, nosotros y nuestra descendencia, cómo debemos servir a *Hakadosh Baruj Hu*, con entrega total y fidelidad, cómo cumplir las mitzvot con diligencia, a pesar de la pérdida que pudiera implicar el cumplimiento de la mitzvá. Por lo indicado arriba, este Shabat se llama *Shabat Hagadol* ('el Gran Shabat').

Esta cualidad maravillosa —la diligencia en el servicio a Hashem— la heredaron los Hijos de Israel de Abraham Avinu, quien también, en la víspera de Pésaj, fue muy diligente en la mitzvá de recibir huéspedes con entrega total, cuando llegaron a su casa tres ángeles con apariencia de simples árabes. Y Abraham Avinu, a pesar de estar en su tercer día de la circuncisión y estar débil y con dolor, de todas formas, no se preocupó por su salud personal; se levantó y recibió a los visitantes y les dio personalmente de comer y de beber; todo con diligencia y agilidad, como si fuera un joven mozo. Así nos lo revelan los versículos: “y corrió a su encuentro... y se apresuró Abraham... y dijo Abraham: ‘Apresúrate y toma tres *seím*...’ y al vacuno corrió Abraham... y se apresuró a hacerlo...”. Abraham Avinu se condujo así por cuanto sabía que el *Yétzer Hará* lo iba a molestar en el cumplimiento de la mitzvá, debilitando sus brazos, y haciendo que la cumpliera con pesadez y pereza debido a la desventaja, en ese momento, de su salud corporal. Por ello, Abraham se sobrepuso a esa Inclinação al Mal e hizo todo con diligencia y entrega total, para librarse del pensamiento malo de la Inclinação al Mal. Y los Hijos de Israel absorbieron en sus corazones puros toda esta información, la de la diligencia de Abraham y su entrega total en el cumplimiento de las mitzvot de *Hashem Yitbaraj*, y así siguieron su ejemplo.



PERLAS DE LA PARASHÁ

Reflexiones inspiradoras

Padre e hijos por el mismo sendero

“Ordena a Aharón y a sus hijos.” (*Shemot* 6:2)

La palabra *tzav* (צו: ‘ordena’) implica, de hecho, unión, pues existe otra expresión en hebreo que tiene la misma raíz: *tzivta* (צוות), y que significa ‘grupo, equipo’.

Hay en esto una gran alusión importante en el servicio a *Hashem Yitbaraj*, tal como lo esclareció el autor de *Imré Jaím, zatzal*. La Torá viene a enseñarnos que hay que unir a Aharón Hacoén y a sus hijos en un solo grupo, es decir, que el padre y los hijos deben estar en un solo grupo y andar por el mismo sendero, juntos.

Proveerle al pobre satisfacción

“Horneada repetidamente, una ofrenda de harina de pedazos rotos.” (*Vaikrá* 6:14)

La Torá nos enseña un fundamento importante en relación con el pobre: la cualidad de la misericordia.

La Torá nos ordenó: “habrás de partirla en pedazos”; esta orden de partir en pedazos está destinada a que dicha ofrenda aparente como si hubiera una gran cantidad.

¿Por qué?

En el libro *Darké Musar*, se explica, en nombre de Ribí Aharón Baksht, *zatzal*, que cuando el rico trae su *korbán* —un toro—, debido a que se trata de un animal grande, éste toma mucho tiempo hasta que se quema, lo cual podría causar debilidad en el pobre.

Por ello, la Torá se compadeció del honor del pobre y dijo “que no separe”; es decir, hay que quemar el *korbán* del pobre —que es un ave— junto con su plumaje; de esa forma, va a tomar más tiempo que se consuma en el fuego. Así, el pobre va a estar satisfecho con el *korbán* que traiga.

De aquí aprendemos cuánto quiere la Torá que levantemos los ánimos del pobre, de modo que no esté quebrantado y sumiso. ¡Al contrario! Por otro lado, vemos cómo la Torá se preocupa de que el rico no se enaltezca por su fortuna, pues Hashem aborrece a todo aquel que es altivo.

Tus milagros, que cada día nos acompañan

“Y la carne de la ofrenda de *Todá* pacífica, en el día en el que la ofrece, será consumida.” (*Vaikrá* 7:15)

En el libro *Mimaayanot Hanétzaj*, figura una anécdota en la que se relata que le preguntaron al Admor, Ribí Abraham Mordejay de Gur, *zatzal*:

“¿Por qué se come el *Korbán Todá* en un solo día, mientras que los demás *korbanot* son comidos en dos días y una noche?”

El Admor les respondió:

“Es sabido que todo aquel al que le había sucedido un milagro traía un *Korbán Todá*. Además, cada día nos suceden nuevos milagros. Siendo así, si la ley fuera que el *Korbán Todá* se consume en dos días, resultaría que si ayer se trajo un *korbán* por el milagro que sucedió ayer y se debiera comer en dos días, ¿cómo se podría al día siguiente comer por el milagro que corresponde a ese mismo día, del *korbán* que corresponde al milagro del día anterior?”

ZAJUR LATOV

De las enseñanzas de Eliyahu Hanaví, recordado para bien



Prestemos oído a un secreto maravilloso, un misterio profundo del universo, que nos revela Eliyahu Hanaví, recordado para bien:

“Así les dijo *Hakadosh Baruj Hu* a Israel: ‘¡Hijos Míos, amados Míos! ¿Acaso Me falta algo para pedírselo a ustedes? ¿Qué es lo que les pido? Tan solo que se amen unos a otros, que se respeten unos a otros y que tengan temor unos de otros’”.

Hakadosh Baruj Hu nos colma de todo bien. Nos ama más de lo que la mente humana puede imaginar. Creó para nosotros un mundo completo y perfectamente provisto con todas nuestras necesidades, y se ocupa de nuestras carencias en cada instante y en cada hora. ¿Y qué es lo que nos pide? Una única petición esencial: que nos amemos y nos respetemos unos a otros.

Lo correcto sería que cada uno de nosotros viviera con la sensación de “¿Cómo podré retribuirle a Hashem por todos Sus beneficios para conmigo?”. Si tuviéramos que “pagar”, por así decirlo, a Hashem por los favores que nos concede, jamás podríamos devolverle ni siquiera una pequeña fracción. Sin embargo, *Hakadosh Baruj Hu* no nos pide que “le paguemos” por todo el bien que nos brinda. No espera de nosotros una retribución, y ¿quién sino Él sabe cuán limitadas son nuestras capacidades? Solo nos pide una cosa: ¡que nos amemos unos a otros!

¿Podemos acaso rechazar Su pedido?

El *Jafetz Jaim* ilustró esta enseñanza con una parábola maravillosa:

¿A qué se asemeja esto? A un padre rico, el más acaudalado del mundo, que tenía varios hijos. Si los hijos hubieran dependido de la mesa de su padre, jamás habrían tenido que preocuparse en toda su vida. Sin embargo, ya habían crecido y se valían por sí mismos, ganándose el sustento mediante el comercio, cada uno según la bendición con la que Hashem lo había dotado.

Los hijos prosperaban, y todo lo que emprendían tenía éxito. No obstante, existía entre ellos una rivalidad: en lugar de alegrarse por el éxito del otro y desear el bienestar de su hermano, pasaban sus días y sus noches maquinando y tramando cómo superar al otro en riqueza y éxito.

Un día, un sabio se acercó a ellos y les dijo:

“No los entiendo. ¿Por qué se afanan tanto, ocupándose desde la mañana hasta la noche en tratar de superarse el uno al otro? ¿No ven que pasarán toda su vida persiguiéndose unos a otros en una competencia sin fin? ¡Hoy ascenderá uno, y mañana, otro! Si fueran sabios, se amarían unos a otros y desearían el bien del prójimo. Así alegrarían tanto a su padre, que este abriría para ustedes todos sus tesoros, de modo que no necesitarían esforzarse en absoluto. Y con ello, se asegurarían el bienestar de ustedes y de sus descendientes para todas las generaciones!”.

Esta es la parábola, y su enseñanza es clara.

Hakadosh Baruj Hu, Rey de reyes, a Quien pertenecen la grandeza, la fuerza, la gloria, la eternidad y el esplendor, es el Dueño de todo el mundo y tiene el poder de engrandecer y fortalecer a todos. Si halláramos gracia ante Sus ojos, no careceríamos de nada, pues Él puede proveernos abundantemente y sin esfuerzo alguno, a nosotros, a nuestros hijos y a sus descendientes, hasta el fin de las generaciones.

¿Y qué debemos hacer para hallar gracia ante Él?

Solo una cosa sencilla: ¡amar a cada uno de los Hijos de Israel! Con esto, se abrirán para nosotros todas las puertas y los tesoros del Rey de reyes serán nuestros y de nuestros descendientes por toda la eternidad.

BAMSILÁ naalé

Pasajes de fe y confianza en Hashem de la pluma de *Morenu Verabenu*, el Gaón, el Tzadik, Ribí **David Jananiá Pinto**, *shlita*



Ídolo en el santuario

Una vez fui invitado a la casa de un judío sumamente acaudalado.

Durante mi visita, recorrí las estancias de aquella enorme casa —que más bien merecía llamarse un palacio— y noté que en sus paredes colgaban valiosas pinturas, cada una de las cuales tenía un precio exorbitante. Desde cada rincón saltaba a la vista la inmensa riqueza del dueño de casa, y el lujo se percibía en todo.

Sin embargo, para mi profundo lamento, a pesar de toda esa opulencia, no sentí en aquella casa ningún rastro de santidad.

Hasta que el dueño me llevó a una habitación de una belleza impresionante, en cuyo interior había un arca sagrada completamente revestida de plata. A juzgar por su aspecto externo, era evidente que se había invertido en ella una fortuna. Cuando el dueño la abrió ante mí, la impresión se acrecentó, pues dentro del arca había depositados alrededor de diez rollos de la Torá espléndidamente ornamentados.

Me quedé de pie, emocionado y asombrado ante la visión de aquel arca y la gran cantidad de rollos de la Torá que albergaba. Pero, de repente, con espanto, noté la presencia de una imagen de la cruz, símbolo de idolatría, colocada justo al lado del arca sagrada.

—¿Qué es esto? —pregunté, atónito y conmovido—. ¿Por qué tienes en tu casa un objeto de idolatría?

—Ah, es solo una imagen —respondió despreocupado el acaudalado hombre—. No le doy ninguna importancia, y mucho menos un significado de idolatría, ¡Dios no lo quiera!

Me quedé anonadado al escuchar su respuesta y lo reprendí severamente por introducir idolatría en su hogar y, peor aún, por situarla junto a un arca sagrada de semejante nivel.

Al salir de su casa, reflexioné que este hombre había llegado a un grado tan grave de distorsión al colocar un ídolo junto al arca porque nunca había buscado realmente la verdad.

Este rico no había invertido esfuerzo ni dedicación en el servicio a Hashem. Para él, era suficiente con cumplir las mitzvot, que sus hijos estuvieran casados con judíos y que él mismo guardara el Shabat y las leyes de kashrut. Solo actuaba conforme a su propio entendimiento de cómo debía comportarse como judío, y por ello llegó a una contradicción tan evidente en su vida: tenía en su casa un arca majestuosa con diez rollos de la Torá en su interior, mientras que junto a ella reposaba tranquilamente un símbolo de idolatría.

Pero la verdad es que en su vida faltaba lo esencial: el esfuerzo en el servicio a Hashem, como está dicho: “Si te esfuerzas y encuentras, créelo”. Si este hombre hubiera luchado por alcanzar la verdad absoluta, sin ninguna otra intención oculta, sin duda alguna no habría caído en tal contradicción. Porque cuando un judío busca la verdad sin segundas intenciones, Hashem lo ayuda a descubrir la luz de la Torá sagrada. Y sin esfuerzo ni dedicación, no es posible avanzar en absoluto en el servicio a Hashem.